

FUNDAMENTOS DE UNA POLITICA MUNICIPAL

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

Nuestros amigos franceses del S. I. C. L. E. R. publican, con este mismo título, un interesante artículo en *La Lettre d'Entente Française*, intentando hallar «una política natural capaz de dar paz interior a las ciudades».

Comienzan por constatar cómo las ideologías, ayer todopoderosas y omnipresentes, empiezan a fatigar a muchos de los que depositaban en ellas todas sus esperanzas. Las citas negativas comienzan a multiplicarse en Francia. Barjavel no dudaba en afirmar: «Los partidos pertenecen al pasado. Están superados. La vida política francesa es estúpida... Las ideologías no hacen nada bueno, nada verdaderamente eficaz». Y Médecin, alcalde de Niza: «Las ideologías pudren las raíces más fundamentales de la sociedad. Dirigiendo al enfermo contra su médico, a la mujer contra el marido, al hijo contra sus padres, introducen los gérmenes de muerte de la utopía en todos los estratos de la civilización».

Es necesario, pues, dejarse de idealismos y volver a la realidad. Las palabras llenas de buen sentido de Pompidou, rechazando una *nueva sociedad*, se imponen por su claridad: «Son fantasmas de adolescentes o de románticos. Nunca hay páginas en blanco. Hay que contentarse con proseguir un tapiz comenzado por otros y cuya trama viene impuesta. Una nueva sociedad es imposible. Porque la sociedad es lo que ella es, y es necesario vivir en ella. No hay nada peor que querer hacer soñar a los franceses, porque no es eso lo que esperan de nosotros. Si lo hacemos, o no nos creerán, tomándonos por demagogos e ilusionistas, lo que es contrario a la imagen que tienen de nosotros, o nos creerán y pronto se darán cuenta de

que han sido engañados. Y no nos lo perdonarán. Tengamos el sentido de lo real».

Como dice el artículo, todas las civilizaciones, desde Cicerón a Bossuet, se edificaron sobre estos principios. «Existe una ley verdadera —escribía Cicerón—, es la recta razón conforme con la naturaleza que encontramos en todos los seres. Siempre de acuerdo consigo misma y que nos empuja imperiosamente a cumplir con nuestro deber, prohibiéndonos el fraude y apartándonos de él... Esta ley no es una en Atenas y otra en Roma. Ni una hoy y otra mañana. Esta única ley, eterna e inmutable, regirá a todas las naciones y a todos los tiempos. Porque habrá siempre para enseñarla y prescribirla a todos un Dios único a quien pertenece igualmente la concepción, la deliberación y la puesta en vigor de esa ley».

Y Bossuet, en el apogeo del orden social cristiano, repetía lo mismo: «Existen leyes fundamentales que no se pueden cambiar. Violándolas, se quebrantan todos los fundamentos de la tierra. Es entonces cuando las naciones se vienen abajo, el espíritu del vértigo las posee y su caída es inevitable, porque los pueblos han violado las leyes, cambiado el derecho público y roto los pactos más solemnes».

Olvidada la naturaleza, el grado de alienación al que habíamos llegado tocaba ya los más siniestros presagios de un Orwel o un Huxley. Los hombres querían vivir sin pensar, sin asumir su propia e intransferible responsabilidad, en una palabra, sin querer ser hombres. La tecnocracia, capitalista o marxista, se iba adueñando del mundo sin la menor resistencia. Sólo restaba que los máximos responsables de la una y de la otra se dieran la mano, si no se la habían dado ya. Las más necias utopías eran universalmente aceptadas. Todos íbamos a ser felices, inteligentes y, sobre todo, iguales. No habría más ricos ni pobres. Ni enfermedades, guerras, maldad...

En un verdadero ataque de infantilismo, el mundo había prescindido de la realidad. Y soñaba. O le hacían soñar. Lo que puede que no fuera del todo malo si conservara la conciencia de que se trataba de un sueño. Lo verdaderamente grave es que tomaba ese sueño por la realidad y se negaba a despertar. Y obraba como si su idea del mundo —idea, por otra parte, no elaborada por cada hom-

bre, sino recibida de modo *standard* por toda la humanidad, prefabricada desde los centros donde se crea la *opinión pública*— fuera realmente el mundo, como si su idea del hombre fueran realmente los hombres.

Esa sociedad conformista, uniforme, de aspiraciones comunes, mezquinas e impuestas por la propaganda era la materia prima ideal, por su capacidad de adaptación, de los partidos políticos. Las consignas que las grandes internacionales, comunista, socialista, liberal..., lanzaban a sus gentes eran crédulamente aceptadas con una adhesión que para sí quisieran los antiguos párrocos de sus tan denigradas beatas. Y el buen militante del partido estaba dispuesto a esperar otros sesenta años por el paraíso comunista que nunca llegaba, aunque sus condiciones actuales fueran todavía peores que bajo el *padrecito zar*, que de padre tampoco tenía demasiado.

Algo, sin embargo, comienza a cambiar. No son grandes hechos. Ni siquiera demasiado llamativos. Para un observador superficial todavía suelen pasar desapercibidos. Pero se nota ya algo en el ambiente que parece no marchar con el *viento de la historia*. Sería difícil, tal vez imposible, precisar el qué. Nos limitaremos, por tanto, a señalar algunas pistas que, pudiendo llevar a cualquier lado, en principio se apartan de los uniformes y trillados caminos por los que exclusivamente parecía andar una humanidad masificada.

Las ideologías parecen haber alcanzado techo en su apropiación del hombre y encuentran que, cuando el terreno parecía ya abonado, los frutos cosechados son menores que en años anteriores. La penetración marxista en la juventud universitaria española ha entrado indudablemente en declive. Lo que hace muy pocos años era un feudo exclusivo conoce ahora graves dificultades. El anarquismo, que es un modo de rechazar dogmatismos e imposiciones, conoce un incremento muy considerable en las nuevas generaciones que llegan a la Universidad. Posturas realistas y tradicionales son ahora asumidas con una gallardía impensable hace algunos años. E incluso posiciones neofascistas, desde hace muchos años olvidadas, vuelven a aparecer con cierta fuerza. Y, aunque indudablemente representen otra ideología, no cabe duda de que se apartan del dictado del trust de cerebros que marcaban el paso de la humanidad. Podrá pensarse

lo que se quiera de todo ello, pero lo cierto es que nos hallamos ante una cierta reacción de la que el hombre masificado parecía incapaz.

Pero es que dejando los años jóvenes, que por su versatilidad se resisten a clasificarnos, también nos encontramos a nivel mundial con un desenganche de los partidos políticos sin duda preocupante a nivel de cuadros directivos de los mismos. El hombre masa, educado para la obediencia y para la propaganda, se resiste a encuadrarse en los partidos, deja de pagar sus cuotas y no acude a las votaciones. Y considera cada vez más que el festival de las urnas y las papeletas tiene poco que ver con él. El problema de casi todas las votaciones es captar al indolente, al despreocupado, al que piensa que ése no es su problema, porque, haga él lo que haga, otros van a decidir por él.

Otro curioso fenómeno de rechazo de la masificación es la aparición de la nostalgia. El hombre masa se cree en el mejor de los mundos que ha disfrutado la humanidad. Solamente él, mañana podrá superarlo, porque para eso creen en el progreso indefinido de la historia. Pues bien, el hombre de hoy vuelve a mirar al pasado y no lo considera como un horror superado, sino que puede hasta encontrar en él algo mejor de lo que hoy tiene. Véase, por ejemplo, el caso de los muchos seguidores de monseñor Lefèbvre.

Y cuando ese pasado se rompe sin atender a la naturaleza de las cosas, las consecuencias pronto se hacen sentir en el hoy mismo. ¿No son los ecologismos, en plena proliferación, una mezcla de nostalgia y de vuelta a la realidad? Prescindamos de sus exageraciones y de sus manipulaciones evidentes y encontraremos también ahí claros síntomas desviacionistas de una línea que parecía irremisiblemente lanzada hacia la masificación integral.

En el mundo del trabajo observamos también que frente a las viejas centrales ideológicas está surgiendo con gran fuerza un movimiento sindical independiente, apolítico y exclusivamente profesional. Las viejas acusaciones de amarillismo no parecen hacer demasiada mella en los trabajadores de hoy y en ocasiones incluso son asumidas conscientemente e incluso con satisfacción. Lo que hace algunas décadas era verdaderamente impensable.

A nivel de vida municipal se advierte asimismo un deseo de participación realmente nuevo. Las asociaciones de vecinos, de barrio, de amas de casa, etc., son ejemplos vivos de ello. No importa que muchas, o casi todas, hayan sido mediatizadas por determinadas ideologías. Eso sólo indica su inteligencia para captar hechos reales e intentar luego capitalizarlos en su provecho.

Podríamos seguir multiplicando ejemplos. No vale la pena. Nuestros amigos del S. I. C. L. E. R. piensan, y con mucha razón, que el municipio es el lugar privilegiado para consolidar ese anhelo de vuelta a lo real que la sociedad comienza a sentir. Quizá aún de modo incoherente o con las vacilaciones del niño que da sus primeros pasos. Y ello por varias razones. Estas son algunas de las que ellos proponen:

A la lucha de clases el municipio opone la unión orgánica de los pueblos.

Resiste a la proletarización, pues la vida local crea raíces y herencias múltiples.

A las quimeras de la ideología o pone la realidad de lo cotidiano.

A la irresponsabilidad y al anonimato opone los verdaderos honores y los méritos que derivan de servicios realmente prestados a la comunidad local.

El municipio es la primera patria, la primera sociedad política y, por su carácter inmediato, es el que mejor puede volver a colocar al hombre en esa dimensión ciudadana que es esencial a su ser.

Parece, por todo ello, terreno especialmente abonado para plantear esa batalla de reconquista social que el mundo está necesitando. De ahí que el S. I. C. L. E. R. atribuya una enorme importancia a la creación de esa élite de hombres dispuestos a actuar decididamente en la vida municipal.